

En una tierra remota en la que todo está cambiando, sólo la fuerza de los sentimientos permite salir adelante.

LA FLOR DEL SURINAM

Linda Belago



ESPASA

LINDA BELAGO
LA FLOR DEL SURINAM

Traducción de Rosa Pilar Blanco



Título original: *Die Blume von Suriname*

© 2013, Bastei Lübbe GmbH & Co. KG, Köln

© por la traducción, Rosa Pilar Blanco, 2015

© Espasa Libros S. L. U., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2015

ISBN: 978-84-670-4394-5

Depósito legal: B. 2.742-2015

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web

www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

CAPÍTULO 1

Karini Rozenberg balanceaba las piernas, pues ese día realmente le estaba costando mucho ser paciente. Como de costumbre, estaba sentada en el pequeño muro que rodeaba el patio del colegio, esperando a que sonara el timbre del recreo. Por la mañana tenía que ir dos veces desde la casa señorial de la plantación Rozenburg, en Paramaribo, hasta la escuela local para llevar a los dos jóvenes masras, Martin y Henry, el almuerzo que había preparado Kiri, su propia madre. A las diez, un vaso de leche y un pan para cada uno. A las doce, un vaso de zumo y una comida ligera. Karini no estaba sola en esa tarea: a su alrededor, varios niños y niñas de piel oscura esperaban a que los *blanken* —así denominaban los habitantes de color del Surinam a todos los blancos— saliesen al segundo recreo. Los vasos sobre la bandeja que sostenía encima de las rodillas tintinearón suavemente, por lo que dejó las piernas quietas y echó una ojeada. Comprobó, aliviada, que todo seguía en su sitio, que el contenido de los vasos no se había derramado y que los ligeros tentempiés esperaban, bien presentados, en los platos.

Karini suspiró. A mediodía siempre tenía mucha prisa. Nada más cumplir su encargo, regresaría rápidamente a la mansión, dejaría la vajilla en la cocina, se lavaría en la pequeña cabaña del patio trasero, donde vivía en compañía de su madre, se cambiaría de ropa y luego correría a la

clase del padre Benedikt en la escuela de la misión. Karini sabía que la escuela se había fundado al abolirse la esclavitud en el Surinam hacía casi trece años; desde entonces todo esclavo tenía que bautizarse, lo que le permitía asistir a los oficios religiosos, y a los niños, ir a la escuela, al menos hasta cumplir los doce años. Habitualmente los niños de color comenzaban a trabajar entre los doce y los catorce, y sólo muy pocos tenían la suerte de Karini de poder asistir más tiempo a la escuela. Algunos padres, sobre todo antiguos esclavos de las plantaciones, en lugar de enviar a sus hijos a estudiar, los hacían trabajar en las casas o en los campos. Una minoría de propietarios de plantaciones se tomaban en serio la obligación de los negros de asistir a la escuela, pero la administración colonial no ejercía mucha influencia en los innumerables niños del interior del país. No obstante, misi Juliette y masra Jean, a quienes pertenecía la plantación de caña de azúcar de Rozenburg a la que Karini y su madre estaban adscritas, insistían en que todos los niños de allí acudieran a clase.

Para Karini eran los últimos meses en esa escuela, pues pronto cumpliría catorce años. Le gustaba estudiar y se enorgullecía de sus progresos: sabía leer y escribir con soltura, e incluso la aritmética le resultaba fácil. Siempre había envidiado a masra Henry y a masra Martin porque iban a clase a diario y se pasaban toda la mañana en la escuela. ¡Cuánto tiempo tenían para aprender! ¡Cuánto tiempo podían dedicar al estudio! Sus clases, en cambio, se limitaban a unas pocas horas por la tarde apenas tres días a la semana. Los dos niños, sin embargo, compartían el entusiasmo de Karini con reservas. Sobre todo masra Martin, el mayor de los dos, solía refunfuñar por la mañana argumentando que tenía sueño y pocas ganas.

—Vamos, arriba —lo animaba siempre Karini cuando le llevaba agua fresca para su aseo matinal, abría las cortinas y retiraba el orinal.

—Para ti es fácil hablar, no tienes que ir a la escuela todos los días —solía replicar, malhumorado, masra Martin.

A Karini esta respuesta le provocaba siempre una pequeña punzada. Ella sólo tenía clase diaria en la plantación.

En la estación seca larga, que se extendía entre agosto y diciembre, Karini se trasladaba junto con su madre y los dos jóvenes masras a la plantación Rozenburg, situada en el interior, varias horas río arriba. A masra Henry y masra Martin les daba clase en casa un preceptor contratado expresamente, y Karini, como todos los demás niños del poblado de los trabajadores, asistía a la escuela en casa de la tía Fiona. Ella no era su verdadera tía, pero en el poblado de la plantación los niños daban ese apelativo a todas las mujeres de edad.

Antes de fin de año, al comienzo de la estación lluviosa corta, los niños regresaban a la mansión de Paramaribo en compañía de Karini y su madre, para asistir allí a la escuela hasta el mes de agosto. En todo el Surinam, este ritmo venía determinado por el clima. La gran estación de las lluvias entre mediados de abril y agosto desencadenaba graves tormentas y traía consigo ejércitos de mosquitos, lo que era más agradable de soportar en la ciudad que en Rozenburg, ubicada entre el bosque y el río. Por el contrario, durante la época seca larga se soportaba allí mejor el creciente calor que en las angosturas de la ciudad. Misi Juliette, madre de masra Henry y madre adoptiva de masra Martin, aunque en diciembre viajaba a Paramaribo para despedirse de los chicos y resolver asuntos de negocios, vivía la mayor parte del año en Rozenburg con su marido, masra Jean, y se trasladaba a la ciudad en contadas ocasiones. La separación entre la vida en la plantación y la vida en la ciudad sin duda no era fácil para la misi, y el alejamiento de los chicos le resultaba a todas luces muy duro. Entregarse cómodamente a la elegante vida ciuda-

dana, como otras mujeres, sin colaborar en la plantación no era en absoluto el estilo de misi Juliette. Ella incluso montaba a veces a caballo y cabalgaba hasta los campos. Eso era más bien impropio de una dama, pero su implicación había merecido la pena, Karini lo sabía. Rozenburg resistía los malos tiempos que se cernían sobre la colonia. Karini estaba orgullosa de poder llevar también en su apellido el nombre de la plantación. Misi Juliette había dado a todos los esclavos nombres que empezaban con Rozen..., y Karini mencionaba con agrado su nombre, al contrario que otros muchos esclavos, a los que sus antiguos propietarios habían apellidado Perezoso o Chismosa.

Los antiguos esclavos no llevaron apellidos hasta su liberación, pero desde entonces éstos se habían convertido en una obligación, aunque en la vida cotidiana de la plantación nadie se preocupara por eso. Tampoco se preocupaban por el color de la piel, que en la época de la esclavitud había desempeñado un papel fundamental. En la ciudad, por el contrario, todavía se reparaba en aquellos de color de piel más claro; allí, los mulatos de piel más clara seguían considerándose superiores a los antiguos esclavos negros. No obstante, también ellos percibían el cambio social, porque ya no importaba quién había sido esclavo o mulato, sino quién tenía trabajo y quién no. Como siempre, sin embargo, los mulatos no podían desempeñar trabajos inferiores ni faenar en los campos de las plantaciones como en la época de la esclavitud. Karini no sabía bien por qué ocurría así. Su madre había insinuado que tenía relación con los padres de los niños mestizos, que no querían que sus hijos realizaran labores de esclavos. Sin embargo, ella no entendía por qué eso no era aplicable a los negros.

A Karini ciertas reglas de la colonia le parecían muy desconcertantes. Ella se sentía más unida a los blancos; además, masra Henry y masra Martin eran sus mejores amigos.

Kiri, su madre, había sido en su día la esclava personal de misi Juliette. Tras la abolición de la esclavitud, misi Juliette le ofreció un contrato de trabajo como el que desde ese momento tenían que acreditar todos los antiguos esclavos durante un período de transición de diez años, y Kiri permaneció gustosamente a su lado en Rozenburg, como la mayoría de los esclavos de la plantación. La misi había pasado con ellos unos cuantos años difíciles y siempre se había mostrado buena y justa, había mejorado sus condiciones de vida y se había preocupado por el bien común en el poblado de los esclavos. Desde luego, eso no era habitual, pues muchos de los propietarios de plantaciones que llevaban largo tiempo establecidos allí no habían cambiado su comportamiento cruel hacia los antiguos esclavos. Los largos látigos de cuero, que todavía se bamboleaban de muchos cinturones, eran harto elocuentes. Sólo en contadas ocasiones se le pedía cuentas a alguien por eso, y en la ciudad y en la administración colonial nadie se preocupaba por los miles y miles de antiguos esclavos que vivían en lugares muy apartados del interior y de las plantaciones. Y en los Países Bajos, menos todavía, pues aunque en la lejana Europa se había celebrado la abolición de la esclavitud, según informaron los periódicos, el personal de las colonias del otro extremo del mundo volvió a ser olvidado con rapidez.

Con el final del contrato obligatorio, las condiciones en los tres años precedentes habían seguido transformándose. Los antiguos esclavos ya no estaban vinculados a las plantaciones o a sus amos, sino que eran habitantes libres de la colonia, podían vivir donde se les antojara y elegir ellos mismos a sus patronos.

Kiri era ahora empleada de la plantación Rozenburg, cuidaba a los jóvenes masras y se encargaba del gobierno de la casa señorial. Dany, el padre de Karini, permanecía todo el año en la plantación, donde trabajaba como capataz en los

campos de caña de azúcar. Además, comerciaba con los negros cimarrones, en lo que lo beneficiaba la estrecha relación con su padre, Aiku. Éste era un *maroon*, un negro cimarrón que vivía libre en lo más recóndito de la selva como jefe de su tribu. En presencia de su *gran-papa*, al que visitaba en muy raras ocasiones, Karini experimentaba siempre una sensación de inseguridad. La inquietaba porque no hablaba, o no podía hablar, no lo sabía con exactitud; sus padres jamás le contaron una palabra al respecto.

Karini no sabía qué le gustaba más: la vida en la ciudad —donde siempre ocurrían cosas, había tantas novedades que descubrir y la clase del padre Benedikt era mucho más exigente que la de la tía Fiona, que apenas sabía escribir y unos rudimentos de aritmética— o la vida sosegada en la plantación Rozenburg —cuando la familia se juntaba y su convivencia con masra Henry y masra Martin era distinta de la de Paramaribo.

En la plantación, los dos muchachos eran como dos hermanos mayores para Karini. Masra Henry, un año mayor que ella, era más bien reflexivo, le gustaban los libros y sabía contar muchas historias emocionantes. Masra Martin, por el contrario, se consideraba ya muy mayor a sus casi dieciséis años y andaba siempre en busca de aventuras, aunque atento en todo momento a proteger a masra Henry y a Karini.

En la ciudad, sin embargo, su relación era distinta. Los chicos se reunían con sus amigos blancos, jugaban con sus compañeros y tenían que atender ciertos compromisos sociales mientras Karini trabajaba o iba al colegio. A veces la chica se entristecía por no poder asistir a las reuniones de los hijos de los *blanken*. Ya no pasaba tanto tiempo como antes con los jóvenes masras. Éstos ya no eran niños pequeños, cada uno tenía que cumplir con sus obligaciones. Por el momento se veían un ratito en los breves recreos escolares de los masras. Entonces la misión de Karini consis-

tía en entregarles la bandeja y esperar a que ambos hubieran comido y bebido, para llevarse luego la vajilla a casa. No debía hablar con ellos más de lo imprescindible, pues eso allí, en el patio de la escuela, se consideraba inoportuno. En la ciudad, los contactos entre los *blanken* y los negros seguían sin estar bien vistos. Los *blanken* permanecían juntos y allí Karini era solamente la hija del ama de llaves negra. No obstante, su madre se sentía muy orgullosa de ella, aunque pertenecía a la generación que no había aprendido a leer y a escribir y seguía sin saber hacerlo hasta la fecha. Hasta 1863 los esclavos ni siquiera hablaban neerlandés, a pesar de que era el idioma oficial de la colonia. Kiri aún seguía usando el *taki-taki*, la lengua de los esclavos, y lo hablaba con su hija y con los *blanken*.

A veces a Karini le costaba entender que su madre se aferrara con tanta obstinación a las costumbres tradicionales en lugar de emprender nuevos caminos. Seguía yendo descalza, y tampoco le había comprado nunca zapatos a su hija. «No los necesitamos», fue su lapidaria respuesta un día que Karini, siendo pequeña, lloriqueó pidiendo unos zapatos. A los esclavos siempre les habían prohibido llevar zapatos, y, al igual que su madre, muchos de los mayores los habían probado más tarde, aunque les habían parecido incómodos y los habían desechado como calzado. A Karini no le molestaba ir descalza en la plantación, pero en la ciudad a veces miraba con envidia a las criadas que llevaban brillantes zapatos negros de charol.

En ese momento observó, aliviada, que al fin se abría la enorme puerta de entrada y un enjambre de alumnos salía en masa del edificio de la escuela. Bajó con cuidado del muro y preparó la bandeja para masra Henry y masra Martin.

Pronto regresaría corriendo a casa para asistir a su propia clase.